

dicho, quiero que me le claves en la frente, y, por añadidura, me hagas cuatro mamonas selladas en mi rostro: vuelve las riendas, ó el cabestro, al rucio, y vuélvete á tu casa, porque un solo paso, desde aquí, no has de pasar mas adelante conmigo. ¡Oh pan mal conocido! ¡oh promesas mal colocadas! ¡oh hombre que tiene mas de bestia que de persona! ¡Ahora, cuando yo pensaba ponerte en estado, y tal que, á pesar de tu mujer, te llamaran *señoría*, te despides! ¡Ahora te vas, cuando yo venia con intencion firme y valedera de hacerte señor de la mejor insula del mundo! En fin, como tú has dicho otras veces, *no es la miel, §c.* Asno eres, y asno has de ser, y en asno has de parar cuando se te acabe el curso de la vida; que para mí tengo, que antes llegará ella á su último término, que tú caigas y des en la cuenta de que eres bestia." Miraba Sancho á Don Quijote, de hito en hito, en tanto que los tales vituperios le decia; y compungióse de manera, que le vinieron las lágrimas á los ojos, y, con voz dolorida y enferma, le dijo: "Señor mio: yo confieso que, para ser del todo asno, no me falta mas de la cola; si vuesa merced quiere ponérmela, yo la daré por bien puesta, y le serviré como jumento todos los dias que me quedan de mi vida. Vuesa merced me perdone, y se duela de mi mocedad, y advierta, que sé poco, y que, si hablo mucho, mas procede de enfermedad que de malicia; mas, quien yerra y se enmienda, á Dios se encomienda.— ¡Maravillárame yo, Sancho, si no mezclaras algun refrancico en tu coloquio! Ahora bien, yo te perdono con que te enmiendes, y con que no te muestres de aquí adelante tan amigo de tu interés, sino que procures ensanchar el corazon, y te alientes y animes á esperar el cumplimiento de mis promesas; que, aunque se tarda, no se imposibilita." Sancho respondió, que si haria, aunque sacase fuerzas de flaqueza. Con esto, se metieron en la alameda, y Don Quijote se acomodó al pié de un olmo, y Sancho al de una haya, que estos tales árboles, y otros sus semejantes, siempre tienen piés, y no manos. Sancho pasó la noche penosamente, porque el varapalo se hacia mas sentir con el sereno. Don Quijote la pasó en sus continuas memorias; pero, con todo eso, dieron los ojos al sueño, y al salir del alba siguieron su camino, buscando las riberas del famoso Ebro, donde les sucedió lo que se contará en el capítulo venidero.

CAPÍTULO XXIX.

De la famosa aventura del barco encantado.

Por sus pasos contados y por contar, dos dias despues que salieron de la alameda, llegaron Don Quijote y Sancho al rio Ebro, y el verle fué de gran gusto á Don Quijote, porque contempló y miró en él la amenidad de sus riberas, la claridad de sus aguas, el sosiego de su curso, y la abundancia de sus líquidos cristales, cuya alegre vista renovó en su memoria mil amorosos pensamientos: especialmente fué y vino en lo que habia visto en la cueva de Montesinos; que, puesto que el mono de maese Pedro le habia dicho que parte de aquellas cosas eran verdad y parte mentira, él se atenia mas á las verdaderas que á las mentirosas, bien al revés de Sancho, que todas las tenia por la misma mentira. Yendo, pues, desta manera, se le ofreció á la vista un pequeño barco, sin remos ni otras jarcias algunas, que estaba atado, en la orilla, á un tronco de un árbol que en la ribera estaba. Miró Don Quijote á todas partes, y no vió persona alguna; y luego, sin mas ni mas, se apeó de Rocinante, y mandó á Sancho que lo mismo hiciese del rucio, y que á entrambas bestias las atase muy bien, juntas, al tronco de un álamo ó sáuce que allí estaba. Preguntóle Sancho la causa de aquel súbito apeamiento y de aquel ligamiento. Respondió Don Quijote: "Has de saber, Sancho, que este barco que aquí está, derechamente y sin poder ser otra cosa en contrario, me está llamando y convidando á que entre en él, y vaya en él á dar socorro á algun caballero, ó á otra necesitada y principal persona, que debe de estar puesta en alguna grande cuita; porque este es estilo de los libros de las historias caballerescas, y de los encantadores que en ellas se entremeten y

platican, cuando algun caballero está puesto en algun trabajo, que no puede ser librado dél sino por la mano de otro caballero, puesto que estén distantes el uno del otro dos ó tres mil leguas, y aun mas, ó le arrebatan en una nube, ó le deparan un barco donde se entre, y en menos de un abrir y cerrar de ojos le llevan, ó por los aires ó por la mar, donde quieren y adonde es menester su ayuda: así que, ¡oh Sancho! este barco está puesto aquí para el mismo efecto; y esto es tan verdad, como es ahora de día; y antes que este se pase, ata juntos al rucio y á Rocinante, y ¡á la mano de Dios, que nos guie! que no dejaré de embarcarme si me lo pidiesen frailes descalzos.—Pues así es, respondió Sancho, y vuesa merced quiere dar á cada paso en estos, que no sé si los llame disparates, no hay sino obedecer y bajar la cabeza, atendiendo al refran: *haz lo que tu amo te manda, y siéntate con él á la mesa*; pero, con todo esto, por lo que toca al descargo de mi conciencia, quiero advertir á vuesa merced, que á mí me parece que este tal barco no es de los encantados, sino de algunos pescadores deste rio, porque en él se pescan las mejores sabogas del mundo.” Esto decia, mientras ataba las bestias, Sancho, dejándolas á la proteccion y amparo de los encantadores, con harto dolor de su ánima. Don Quijote le dijo, que no tuviese pena del desamparo de aquellos animales; que el que los llevaria á ellos por tan longincuos caminos y regiones, tendria cuenta de sustentarlos.—No entiendo esto de logicuos, dijo Sancho, ni he oido tal vocablo en todos los dias de mi vida.—Longincuos, respondió Don Quijote, quiere decir *apartados*; y no es maravilla que no lo entiendas, que no estás tú obligado á saber latin, como algunos que presumen que lo saben, y lo ignoran.—Ya están atados, replicó Sancho: ¿qué hemos de hacer ahora?—¿Qué? respondió Don Quijote; santiguarnos, y levar ferro; quiero decir, embarcarnos, y cortar la amarra con que este barco está atado:” y dando un salto en él, siguiéndole Sancho, cortó el cordel, y el barco se fué apartando poco á poco de la ribera; y cuando Sancho se vió obra de dos varas dentro del rio, comenzó á temblar, temiendo su perdicion; pero ninguna cosa le dió mas pena que el oír roznar al rucio, y el ver que Rocinante pugnaba por desatarse; y dijole á su señor: “El rucio rebuzna, condolido de nuestra ausencia, y Rocinante procura ponerse en libertad, para arrojarle tras nosotros. ¡Oh carisimos amigos! quedaos en paz, y la locura que nos aparta de vosotros, convertida en desengaño, nos vuelva á vuestra presencia:” y en esto, comenzó á llorar tan amargamente, que Don Quijote, mohino y colérico, le dijo: “¿De qué temes, cobarde criatura? ¿de qué lloras, corazon de mantequillas? ¿quién te persigue, ó quién te acusa, ánimo de raton casero? ó ¿qué te falta, menesteroso en la mitad de las entrañas de la abundancia? por dicha, ¿vas caminando á pié y descalzo por las montañas rifeas, sino sentado en una tabla, como un archiduque, por el sesgo curso de este agradable rio, de donde en breve espacio saldremos al mar dilatado? Pero ya habemos de haber salido, y caminado por lo menos setecientas ó ochocientas leguas; y si yo tuviera aquí un astrolabio con qué tomar la altura del polo, yo te dijera las

que hemos caminado; aunque, ó yo sé poco, ó ya hemos pasado, ó pasaremos presto, por la línea equinocial que divide y corta los dos contrapuestos polos en igual distancia.—Y cuando lleguemos á esa leña que vuesa merced dice, preguntó Sancho, ¿cuánto habremos caminado?—Mucho, replicó Don Quijote; porque, de trecientos y sesenta grados que contiene el globo del agua y de la tierra, segun el cómputo de Ptolomeo, que fué el mayor cosmógrafo que se sabe, la mitad habremos caminado llegando á la línea que he dicho.—¡Por Dios, dijo Sancho, que vuesa merced me trae por testigo de lo que dice á una gentil persona, *puto* y *gafó*, con la añadidura de *meon*, ó *meo*, ó no sé cómo!” Rióse Don Quijote de la interpretacion que Sancho habia dado al nombre y al cómputo y cuenta del cosmógrafo Ptolomeo, y dijole: “Sabrás, Sancho, que los españoles, y los que se embarcan en Cádiz para ir á las Indias orientales, una de las señales que tienen para entender que han pasado la línea equinocial que te he dicho, es, que á todos los que van en el navío se les mueren los piojos, sin que les quede ninguno, ni en todo el bajel le hallarán, si le pesan á oro; y así, puedes, Sancho, pasear una mano por un muslo, y si topares cosa viva, saldremos desta duda; y si no, pasado habemos.—Yo no creo nada deso, respondió Sancho; pero, con todo, haré lo que vuesa merced me manda, aunque no sé para qué hay necesidad de hacer esas experiencias, pues yo veo con mis mismos ojos que no nos habemos apartado de la ribera cinco varas, ni hemos decantado de donde están las alemañas dos varas, porque allí están Rocinante y el rucio en el propio lugar do los dejamos; y tomada la mira, como yo la tomo ahora, ¡voto á tal, que no nos movemos, ni andamos al paso de una hormiga!—Haz, Sancho, la averiguacion que te he dicho, y no te cures de otra; que tú no sabes qué cosa sean coluros, líneas, paralelos, zodiacos, eclípticas, polos, solsticios, equinocios, planetas, signos, puntos, medidas de que se compone la esfera celeste y terrestre; que si todas estas cosas supieras, ó parte dellas, vieras claramente qué de paralelos hemos cortado, qué de signos visto, y qué de imágenes hemos dejado atrás y vamos dejando ahora. Y tórnote á decir, que te tientes y pesques; que yo, para mí, tengo que estás mas limpio que un pliego de papel liso y blanco.” Tentóse Sancho, y llegando con la mano bonitamente y con tiento hácia la corva izquierda, alzó la cabeza, y miró á su amo, y dijo: “Ó la experiencia es falsa, ó no hemos llegado adonde vuesa merced dice, ni con muchas leguas.—¡Pues qué! preguntó Don Quijote, ¿has topado algo?—Y aun algos,” respondió Sancho; y, sacudiéndose los dedos, se lavó toda la mano en el rio, por el cual sosegadamente se deslizaba el barco por mitad de la corriente, sin que le moviese alguna inteligencia secreta, ni algun encantador escondido, sino el mismo curso del agua, blando entonces y suave. En esto, descubrieron unas grandes aceñas que en la mitad del rio estaban; y apenas las hubo visto Don Quijote, cuando, con voz alta, dijo á Sancho: “Ves allí, ¡oh amigo! se descubre la ciudad, castillo ó fortaleza donde debe de estar algun caballero oprimido, ó alguna reina, infanta ó princesa malparada,